

“La cosa realmente real”
Homilía para el 4º domingo de Pascua, año A

Introducción

Mientras continuamos “refugiándonos” en los condados aquí en nuestra Arquidiócesis y alrededor de la Bahía, seguimos sufriendo las dificultades de no poder estar físicamente presentes unos con otros. Mientras reflexionaba sobre esto el otro día, me vino a la mente la idea de que, aunque ahora tenemos los medios para visitarnos mutuamente a través de la tecnología tanto de vídeo y como de audio, no es lo mismo. FaceTime y Zoom pueden ayudar un poco, pero en comparación con la presencia física, no son un sustituto. Simplemente no son la cosa real.

Cuando ese pensamiento entró en mi mente, “no es la cosa real”, me vino a la mente una canción que era muy popular cuando era muy joven. Ahora, aquellos de ustedes más jóvenes tienen que entender que la gente de mi edad y mayores, cuando crecíamos — y no importa en qué parte del país estábamos geográficamente — todos crecimos con la discográfica Motown. La canción que me vino a la mente es el clásico de la Motown, “Ain’t Nothing Like the Real Thing” (No hay nada como la cosa real). En ella, Marvin Gaye y Tammi Terrell — ellos mismos dos figuras icónicas de la época — cantan sobre una pareja de enamorados que sufren el dolor de la separación física. Nada puede sustituir a estar físicamente juntos: ni una foto de la persona amada, ni una carta, ni los recuerdos ni la imaginación. Al final de la canción se reúnen en estar físicamente presentes el uno al otro, e incluso musicalmente la canción cambia para reflejar esta felicidad.

La presencia física: perspectiva de un pastor

No puedo evitar pensar en las dificultades, e incluso en el dolor, que tantas familias están padeciendo en este momento porque no pueden experimentar “la cosa real”: estar físicamente presentes unos con otros. Pienso en el dolor de las familias que tienen un ser querido gravemente enfermo, y no pueden estar al lado de ese ser querido. Más aún, pienso en el dolor de aquellos que no pueden estar con su ser querido en los momentos finales de su vida. Sí, la tecnología audiovisual puede ayudar un poquito. Pero no hay nada que pueda aliviar el dolor de no poder estar al lado de tu ser querido en el momento de su muerte, para tomarle la mano y darle un beso de despedida. De la misma manera, soy muy consciente del dolor que nuestro pueblo está sufriendo al no poder estar físicamente presentes en la celebración de la Misa, y acceder al núcleo y fundamento de nuestras vidas como católicos, la Sagrada Eucaristía.

Este cuarto domingo de Pascua es el domingo del Buen Pastor, ya que la lectura del Evangelio se toma siempre del capítulo décimo del Evangelio de San Juan, en el que Jesús enseña largamente usando la imagen del pastor, y se refiere a sí mismo como el Buen Pastor. Me gustaría, entonces, darles algo de la perspectiva de un párroco sobre el distanciamiento físico.

Como pastores de almas, somos los pastores del pueblo de Cristo. Y así como el pueblo necesita la presencia de su pastor, el pastor necesita la presencia de su pueblo. Es nuestro instinto estar con el pueblo de Dios. Es por eso que tenemos la vocación de ser sacerdotes en el ministerio pastoral. No tenemos la vocación a ser monjes o a vivir nuestro Sacerdocio de otra manera que, en última instancia, interactuando con el pueblo de Dios para ayudarles a progresar en el camino de la salvación. Les aseguro que también sus sacerdotes sufren por no poder estar con ustedes y ejercer el ministerio que define los deberes propios de su vocación. También ellos están ansiosos por reanudar la celebración de los sacramentos en persona, por ayudar a

prepararlos para recibir los sacramentos, por darles instrucción, por dirigir los estudios bíblicos, aconsejarlos, por construir el Cuerpo de Cristo que es la comunidad de la parroquia. Lo mismo es cierto para nosotros que somos llamados a ejercer nuestro Sacerdocio en el orden episcopal. Pienso en cómo esta época del año normalmente está llena de celebraciones de la Confirmación, que me llevan a sus propias comunidades parroquiales en ese momento tan significativo en la vida de cualquier parroquia. Pienso en la celebración para nuestros sacerdotes jubilares, que los sacerdotes de la Arquidiócesis homenajean juntos cada año en mayo, pero que no puede tener lugar este año. Y la mayor alegría de mi ministerio como obispo, celebrar ordenaciones, no ocurrirá en este momento. Las ordenaciones tienen que ser pospuestas.

Pensar en la vida de día tras día del pastor de almas me recuerda lo que el papa Francisco dijo a nuestro grupo de obispos en enero cuando nos reunimos con él para nuestra visita *ad limina* en Roma, la visita que los obispos hacen cada cinco años más o menos. Habló de cómo el pastor tiene que estar siempre en movimiento: tiene que estar detrás del rebaño para asegurarse de que ninguna de las ovejas se pierda o se quede atrás; debe estar en medio del rebaño para guiarlas y cuidarlas, permaneciendo cerca de ellas; y debe estar al frente del rebaño para guiarlas en la dirección que tienen que ir. El pastor en sentido literal que está en el campo, siempre está en movimiento: después de que las ovejas hayan terminado de pastar, tiene que trasladarlas a pastos más verdes. Y así el pastor de almas debe llevar al pueblo de Dios a los pastos más verdes que es la vida siempre más profunda en Cristo.

Escuchamos a nuestro Señor usando esta imagen en la lectura del Evangelio de la Misa de hoy, que consiste en los versículos iniciales del capítulo 10 de San Juan: “el pastor de las ovejas... llama a cada una por su nombre y las conduce afuera... Y cuando ha sacado a todas sus ovejas, camina delante de ellas, y ellas lo siguen”. Las ovejas lo siguen: el pastor no está vagando; él lleva a las ovejas en una dirección determinada, a un destino determinado. Esto nos recuerda otras imágenes provocativas de las que el papa Francisco es aficionado: el pastor “teniendo el olor de las ovejas”, creando una “cultura de encuentro”, “acompañando” al pueblo de Dios en su camino de fe.

Siguiendo la voz del pastor

La presencia pastoral, entonces, no es estática: el pastor siempre está en movimiento dentro del rebaño, guiando al rebaño hacia adelante. ¿Hacia dónde? Para responder a esa pregunta, basta mirar a la primera lectura de la Misa de hoy.

La escena sucede el día de Pentecostés. Los primeros discípulos, llenos del Espíritu Santo, dejan el Cenáculo para salir a proclamar la Buena Nueva. Pedro entonces pronuncia la primera homilía en la historia de la Iglesia. Sus oyentes están profundamente conmovidos y preguntan a los apóstoles qué deben hacer. ¿Cómo responde Pedro? No dice: “Sean amables entre sí”. No les dice que no se preocupen, porque Dios los ama tal como son. Ni siquiera les dice que sean tolerantes e inclusivos, a pesar de que el público es tan diverso como se puede imaginar y está a punto de incorporarse a la única comunidad de creyentes. En cambio, ¿qué dice? “Arrepiéntanse y bautícense ... para el perdón de sus pecados”. La primera palabra en respuesta a aquellos que han aceptado la fe después de escuchar la primera homilía en la historia de la Iglesia es la misma primera palabra predicada por nuestro Señor en su ministerio público: “arrepiéntanse”. El Libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice que estas palabras “les llegaron al corazón”: la predicación de Pedro despertó para ellos la conciencia del pecado, que luego los movió al arrepentimiento — siempre la disposición necesaria para recibir el perdón. El pastor, entonces, se encuentra con el pueblo de Dios no para dejarlos donde están, sino para

llevarlos a los pastos verdes: el arrepentimiento de sus pecados y la gracia sanadora del perdón de Dios. En otras palabras, él está en movimiento entre ellas para llevarlos por el camino de la santidad de la vida.

Esto, sin embargo, implica otro elemento crítico: “las ovejas reconocen su voz [la voz del pastor]; él ... camina delante de ellas, y ellas lo siguen, porque conocen su voz. Pero a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños”. Elegir el camino correcto y caminar en la dirección correcta significa seguir la voz correcta: la de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Y ciertamente hay muchas voces que compiten en el mundo, llamándonos a seguir un camino muy diferente y destructivo, pero ocultándolo con el atractivo de la felicidad, pero una falsa felicidad. Sí, hay muchas voces extrañas, muchos ladrones y bandidos que trepan por la puerta, que se cuelan para confundir nuestra mente y nuestro oído y así nos alejan de quien nos ama de verdad y quiere, y es capaz de dar, lo mejor para nosotros.

Es el que Pedro dice, en nuestra primera lectura, es el “pastor y guardián” de nuestras almas. “Pastor”, el que tiene cura del rebaño; “guardián”, la palabra en el griego del Nuevo Testamento es *episcopos*, de la cual obtenemos la palabra “obispo”, pero literalmente significa “supervisor”. El Señor Resucitado ejerce su cuidado y gobierno pastoral sobre nosotros a través de sus sacerdotes y obispos ordenados. Por favor, recen por nosotros: nosotros, especialmente, debemos reconocer la voz del Buen Pastor, para poder hacer eco de esa voz a toda la Iglesia. Y por favor, recen por las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Como es lógico, este cuarto domingo de Pascua cada año se designa como el Día Mundial de la Oración por las Vocaciones. Por favor, recen por esas vocaciones, para que el Señor aumente tanto en número como en celo a aquellos que eligen seguirle como el Buen Pastor, dando sus vidas por su pueblo. Si están siguiendo esta Misa en el canal de YouTube, encontrarán la Oración por las Vocaciones debajo de la imagen de video. Los invito a rezarla conmigo, juntos, a la conclusión de la Oración de los Fieles, y también a rezarla regularmente por su cuenta.

Conclusión

Sólo la única presencia física es “la cosa real”. Y mientras sufrimos en este momento sin esa presencia física, tomemos esto como una señal de nuestro Señor que debemos revisar nuestra audición. Huyamos de los extraños, que son impostores — ladrones y bandidos — y juntos oigamos la voz del que nos ama literalmente hasta la muerte — su propia muerte — para que podamos tener vida. Confiemos en que, a través de este tiempo de prueba y angustia, él nos está llevando a los pastos más verdes de una vida purificada y más profunda en él.